

La estudiante dijo que entró al dormitorio de su tía, sin avisar, y que el corazón le dio un brinco cuando la vio levitando.

7

Añadió que cerró la puerta, despacio y en silencio, para no desconcentrarla.

Sus compañeros de la clase de Derecho Tributario y el profesor la escucharon contar que, momentos antes, ella había recorrido los pasillos y las habitaciones de su casa porque buscaba una revista de derecho que debía traer a la universidad. Había revisado el cuarto de sus padres, el de su hermana, el baño y el dormitorio de la empleada.

Recordó que la casa estaba en absoluto silencio e iba oscureciéndose a medida que el día moría; eran las seis de la tarde.

Sostuvo que dudó cuando decidió revisar el dormitorio de su tía, a la que tampoco creía en casa, pero que decidió hacerlo porque ya no había un lugar más donde buscar.

Entonces, ocurrió que, al abrir la puerta, se quedó patidifusa: su tía, vestida con un traje severo (la cabeza

cubierta por una capucha y un velo negro, un vestido con faldón amplísimo que la preservaba del mundo desde el cuello hasta los tobillos), estaba de rodillas y de espaldas, tenía los brazos abiertos y extendidos hacia los costados y las palmas de sus manos miraban al techo. La escuchó murmurar un rezo cuyas palabras no llegó a dilucidar. Frente a la tía, había un altar compuesto por espadas, floreros, estampitas, una cabeza reducida, varias figuras de yeso.

La estudiante afirmó que las puntas de los pies de su tía no tocaban el suelo; dijo que miró un segundo la escena y que cerró la puerta, suavemente, para evitar que su tía perdiera la concentración y cayera al suelo.

Domingo, el papá de Rafael, contó la historia de la mujer que levita mientras cenaban.

—Pero ¡qué nos dices! —había exclamado la madre de Rafael, sorprendidísima—. ¡Una mujer que levita!

—Pues eso contó mi alumna —dijo el padre de Rafael con media hamburguesa en la boca.

—Estás inventando —dijo Fernanda, la madre de Rafael.

—Yo no invento nada —dijo Domingo—. Ella, mi alumna, ni siquiera nos hablaba de la tía, sino de la revista esa que nunca encontró y que traía un artículo que discutiríamos en clase. La historia de la tía fue un extra, un hecho anecdótico. Lo extraño para mi alumna fue que la revista desapareciera de su casa, no que su tía volara; eso le parecía la cosa más natural del mundo.

La madre de Rafael miró fijamente a su esposo en silencio. Quizá quería descubrir si él estaba soltando una de sus bromas, como hacía siempre. Tal vez también esperaba que la historia continuara, porque era interesante. En suma, con su silencio, ella exigía detalles, como generalmente los exigía de cualquier cosa que le contaran, quizá porque era una médico forense y estaba formada para fijarse en los detalles.

—Pero esa muchacha te habrá dado más detalles, ¿no? —dijo la madre cuando se dio cuenta de que su esposo parecía no tener nada más que decir.

Por su lado, Rafael, que comía con glotonería sus tallarines al ajo y mantequilla y su hamburguesa de carne con champiñones, pensó en la palabra *levitar*: uno de los trucos más asombrosos de un mago que veía en la televisión era precisamente cuando se ponía a volar frente a la gente.

—Pero, papá —dijo Rafael con media hamburguesa y unos tallarines en la boca—, nadie en el mundo levita «realmente».

—Nadie en el mundo lo hace —sostuvo su madre.

—Entonces, ¿por qué tu alumna dice que su tía levita? —preguntó Rafael.

—Pues no lo sé —dijo su papá—, lo contó en clase. Solo estaba explicándonos por qué no pudo traer la revista y, ¡zas!, nos soltó la historia de la tía que vuela.

—Pero habrás pedido más detalles... ¿no? —insistió la mamá.

—Bueno, más detalles, la verdad es que no pedí, porque ahí acabó la historia: ella dijo que cerró despacito la puerta y se fue...

—¿Cerró despacito? —dijo la madre.

—Sí, despacito, porque temía que, si cerraba fuerte, a lo mejor la mujer perdía la concentración y se caía al suelo...

10 —Pero ¿eso te dijo? ¿Que cerró despacito porque temía que la mujer perdiera la concentración...?

—Bueno, ahora no sé, a lo mejor yo me imaginé que lo hizo por eso...

—¿Y no preguntaste más?

—Nada más, no era el tema de la clase...

—¡Quéééééé! —dijeron Rafael y su mamá, sorprendidos e indignados.

—Pero ¿no le pediste más detalles...? —protestó la madre, casi desesperada.

—Algunos detalles, sí, como que la tía vive con ellos desde hace muchos años. Ah, y que es una especie de curandera.

Rafael sabía que a su padre las historias no le importaban tanto, que los detalles lo asfixiaban, que un misterio no le era tan interesante como lo era para él y su mamá.

—O sea, una alumna te dice que conoce a una mujer que levita y tú... Pero ¿crees tú que esa mujer levita? —preguntó la madre.

—No, amor, claro que no... —dijo el padre riendo.

—Y si no lo crees —preguntó la madre—, ¿qué pien-
sas que sucedió?

—Creo que esa tía tiene poderes extraños —dijo y si-
guió riendo.

La mamá de Rafael comenzó a ponerse roja.

—Pero ¿por qué no podría levitar? —dijo la empleada
que había estado todo el tiempo en silencio, tomando su
sopa, al lado de Rafael—. Es una curandera, ¿no?

Todos en la mesa la miraron.

11

—A ver, Lutzgarda —dijo la madre—. O sea, para ti,
que sea curandera explica que pueda volar. ¿No te das
cuenta de que va contra todas las leyes naturales?

—Pero a veces las leyes no se respetan —dijo la em-
pleada, sabihonda.

El papá de Rafael se rio a carcajadas.

—¡Qué desesperante eres, Domingo! —dijo la mamá—.
Si alguien me dijera que una vecina levita, le buscaría una
explicación.

—¿Cómo sabías que era una vecina? —dijo el papá de
Rafael—. ¿Eres telépata?

—NO. NO-SOY-TE-LÉ-PA-TA, fue una coincidencia
que yo dijera eso: la telepatía tampoco existe.

—A lo mejor tienes poderes... igualito que la tía
—dijo el papá.

—La TÍA-NO-TIE-NE-PO-DE-RES-Y-YO-TAM-PO-CO...
Le voy a contar a tu mamá lo fastidioso que eres —dijo
la madre de Rafael.

—No, no, por qué tienes que meter a mi viejita...

Eso asustaba al papá de Rafael, que lo acusaran con su mamá. Era muy gracioso porque era grande, pero solo la abuela podía con él cuando se ponía muy pesado con sus bromas.

12 —Es hijastra de un político llamado José Salmón Cordero... Todo un almuerzo su nombre, ¿no, hijo? Imagínate que estás en una cena con él y le dices: «Pásame el Salmón, Cordero...». No sabes si te pasan el salmón o te pasan el cordero. ¡Qué gracioso!, ¿no? Vive cerca de acá y se hizo famoso hace como ocho años porque se hicieron humo algunas camionetas del municipio donde era alcalde —dijo el papá de Rafael.

—En mi salón hay una chica Salmón... —dijo Rafael.

—Es verdad —dijo su mamá—. Ella es hija de ese señor y la alumna de tu padre debe ser la hermana mayor de tu compañera. Lo conozco porque el año pasado fue miembro de la junta de padres de familia de tu grado... Viven a dos cuadras de acá, en el condominio ese muy lujoso y bonito. Pero no recordaba lo de las camionetas perdidas.

—Ah, fue muy gracioso —dijo el padre—. La prensa le preguntó por las camionetas que faltaban y él dijo: «Deben estar estacionadas por ahí».

Rafael conocía el condominio del que habían hablado sus padres. Era uno muy antiguo y elegante, de cuatro pisos, con grandes ventanas de marcos blancos. Estaba rodeado por una cerca de granadas que protegía un jardín con árboles enormes y hermosos, algo macabros por las

noches. Rafael pasaba por el frente del condominio todas las mañanas y todas las tardes de camino al y de regreso del colegio. Además de la cerca de granadas, en el frontis había una reja y un muro por uno de los costados que colindaba con una calle.

Rafael intentó imaginar cómo serían por dentro los departamentos del condominio. Seguramente de los techos colgaban candelabros, porque el lugar era bastante viejo, y las cortinas de las ventanas eran rojas y pesadas como alfombras. Imaginó cómo sería eso de ver a una tía flotando en el aire, con su capa negra ondeando entre el humo de unas velas encendidas, con los brazos abiertos y los ojos cerrados, una daga en una de sus manos, una enorme cruz invertida en llamas detrás de ella, un viento poderoso golpeándola en el rostro, unos demonios amenazantes...

13

—¿Qué piensas, hijo? —le preguntó su madre y la imagen que Rafael se había creado se esfumó.

—Que las tías no vuelan —dijo Rafael.

—Los chanchos tampoco —dijo su padre.

—Pero si alguien me dijera que ha visto a un chanchito volando —agregó la madre ofuscada—, lo menos que haría es...

—¡Pedir más detalles! —dijeron Rafael y su padre a la vez...

Al día siguiente, rumbo al colegio, con la mochila a la espalda, Rafael se preguntaba qué le habría hecho decir a la alumna de su padre que su tía levitaba. No podía quitarse de la cabeza la idea de que, si no descubría la verdad, nunca podría volver a vivir tranquilo.

Como era habitual, le tocó pasar frente al condominio. A través de los árboles frondosos, elevados como enormes guardianes, pudo ver las ventanas del departamento de los Salmón, en el segundo piso. Rafael sabía que era ese porque había coincidido en el camino a la escuela, y en varias ocasiones, con Irene, quien era hermana de la alumna de su padre que sostenía haber visto a su tía levitar.

Rafael observaba las ventanas cuando vio asomarse a una persona. Llevaba la cabeza cubierta con un manto negro, le pareció que era mujer y que lo miró con el ceño fruncido, fijamente. Enseguida, la vio correr las cortinas bruscamente y desaparecer detrás de ellas.

Rafael sintió que le habían tirado una puerta en la cara.

«¿Habrá sido la tía?», se preguntó y enseguida se dijo:
«Sí, ha sido ella».